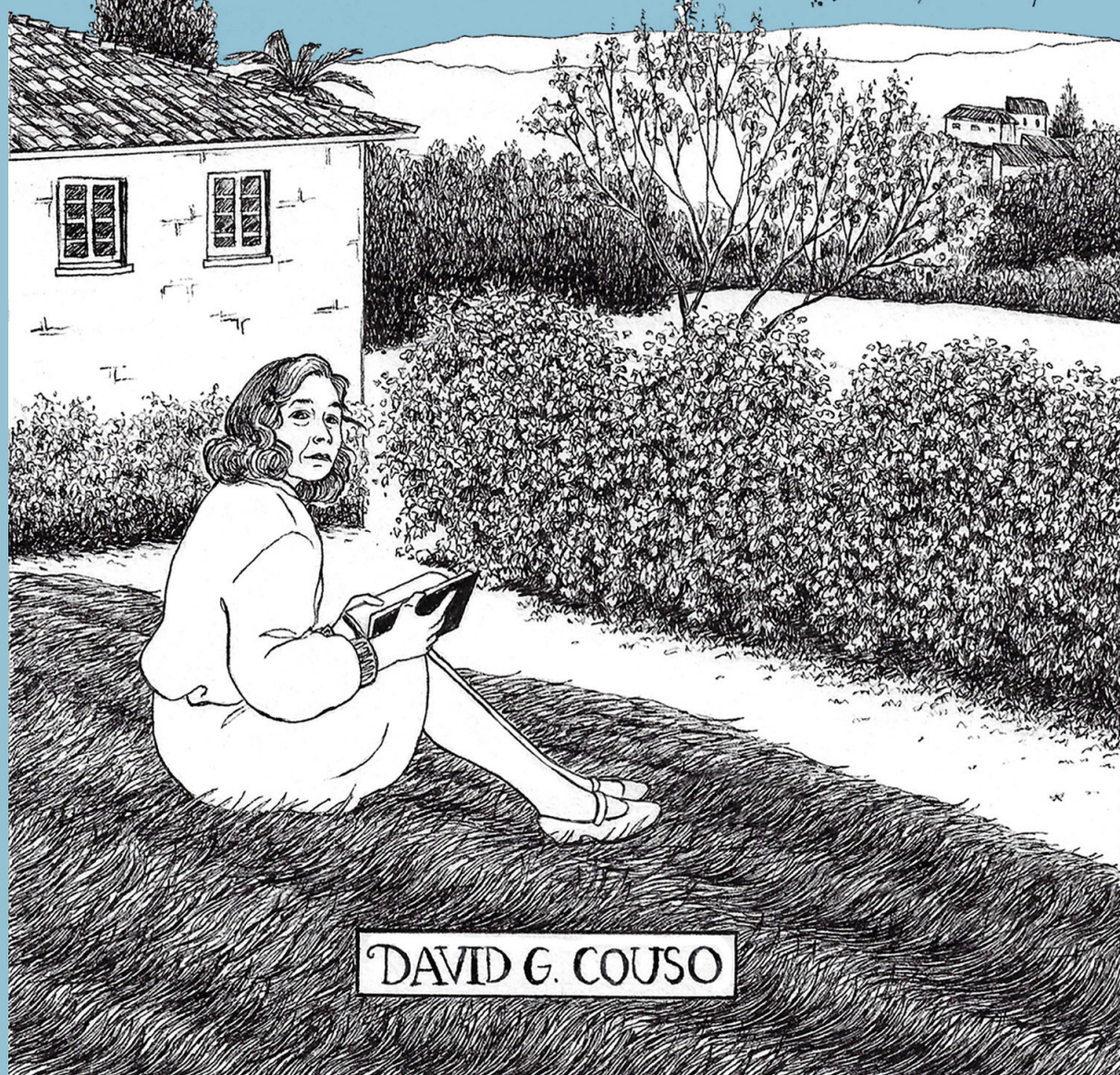


PIÑOR

Lugar literario

• Judas Reyes •



DAVID G. COUSO

**Roteiro polos espazos vitais e literarios de
Carmen Martín Gaité en Piñor**

con David González Couso

Piñor, 1 de xuño de 2024

Código en fprofe: G2303005



**XUNTA
DE GALICIA**

CONSELLERÍA DE EDUCACIÓN,
CIENCIA, UNIVERSIDADES E
FORMACIÓN PROFESIONAL

BARBADAS *quereo. vivo*



David González Couso

Licenciouse en filoloxía Hispánica pola Universidade de Santiago de Compostela onde se doutorou en 2007 co título *Diálogo intertextual en la narrativa breve de Carmen Martín Gaité*. Especializouse en literatura española contemporánea e en particular na obra de Carmen Martín Gaité. Participa en proxectos como BIESES (Bibliografía de Escritoras Españolas) e Andalucía Literaria y Crítica (Universidad de Málaga). Colaborou en programas como *Por qué leer a los Clásicos*, para o fomento da lectura en Ensino Secundario. Foi bolseiro do Centro de Investigación Ramón Piñeiro onde desenvolveu traballos sobre a lírica medieval galega, os trobadores e Antón Fraguas. Foi o director da editorial Toxosoutos. Na actualidade á parte de ser impartir aulas, colabora en diversas revistas e publicacións, mantén o blogue *Alas de libélula* —que inclúe *Hacia la magia*, onde se recollen todas as novidades relacionadas con Carmen Martín Gaité—.

É autor de diversos libros entre eles *Una propuesta de lectura para 'Caperucita en Manhattan'* (2008), *Los perfiles gallegos de Carmen Martín Gaité* (2008), *O fío da escritura* (2010), *Guía de lectura de 'Caperucita en Manhattan'* (2010), *Martín Gaité. Os perfís galegos* (2011), *Los perfiles gallegos de Carmen Martín Gaité* (2014) *El rastro del verano. Itinerarios para leer a Carmen Martín Gaité* (2020) e *Piñor, lugar literario* (2023). Traduciu o galego as obras *Rip Van Winkle*, de Irving e *A expedición do pirata*, de Jack London, *A Tribuna*, de Emilia Pardo Bazán e ao castelaán *Juego de máscaras*, de Concha Blanco.

Índice

Punto 0 — Centro social de Piñor 03

Tramo 1

Punto 1 — R. Carmen Martín Gaité 04

Punto 2 — Rúa Campo de Roma 05

Punto 3 — Cruceiro de Zama 06

Tramo 2

Punto 4 — Cemiterio 08

Punto 5 — Panteón dos Gaité 09

Punto 6 — A encañada 11

Punto 7 — Camiño da Longra 12

Tramo 3

Punto 8 — A fonte do Regueiro 14

Punto 9 — O Pazo de Lemos 16

Tramo 4

Punto 10 — Casa dos Gaité 21

Punto 11 — O Campo de Roma..... 23

Tramo 5

Punto 12 — Subida ao Tangaraño 25



*Referencias ás páxinas do libro de David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, Almería, Procompal Publicaciones

Punto 0— Centro social de Piñor

Discurso inauguración do curso escolar

Tamén vós, mozos, daredes ás vosas familias e profesores moitos días de satisfacción, tamén aumentaredes os gloriosos timbres do país que vos viu nacer. Sodes a aurora que nace en confuso horizonte, sodes a esperanza da nave que naufraga, e a honra da patria esixe que esa esperanza se convirta en praia salvadora e que o sol anunciado por esa aurora luza no seu mediodía sen turbias nubes que o empañen. Na vosa infantil inquietude non comprendedes a inmensa importancia dos destinos que no porvir vos están reservados, pero confío en que saberedes cumprilos porque a miña alma acaricia a doce convicción de que ao atravesardes as borrascosas ondas da vida, nin o pasaxeiro encanto dos praceres, nin a liviá sedución de torpes ambicións, nin o falso brillo de glorias mentidas conseguirán apartarvos de cultivar a ciencia como fonte de prosperidade e de progreso e, sobre todo, de conservar enteira fe dos nosos maiores, sen a que non é posible estopar a felicidade absoluta que incesantemente busca a humanidade.

David González Couso (2011), *O fío da escritura*.

Texto 1 - Retahílas



Fotografía de Carmen Martín Gaité en San Lourenzo de Piñor (Ourense).

Siempre buscando el rastro del verano, tratando de renovar los votos de una religión ya gastada, institucionalizada, sin fe, ¡qué empeño! — ¿adónde iremos?, buscando en vano el eco que te despiertan los nombres leídos una vez en viejos atlas de geografía, playas, aventuras, el rastro del verano, el olor evaporado de la palabra verano que para los adultos no significa más que coche, dinero, tocadiscos, hotel y sobre todo tregua. Es otro tajo más el veraneo de los que el sistema establecido da a diestro y siniestro para repartir el escaso caudal de nuestras vidas, para hacerlo inofensivo y aventarlo, hay que salir de veraneo, interrumpir, dar largas otra vez.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 96.

Texto 2 - Agua pasada

Tengo la impresión de que Galicia está dispersa por toda mi obra, aunque unas veces se esconde y otras se destapa. Y no me estoy refiriendo solo a las novelas de clara localización gallega, (...), sino también a mi tendencia —creo que innata— a empinar me sobre las fronteras de lo que me hacen ver como «realidad» y avizorar desde allí una segunda realidad enigmática y misteriosa que roza los confines de lo ignoto. Tendencia que se agudiza cuando invento una historia, y así se refleja en muchos tramos de mi prosa, igual que el rechazo a admitir el muro de separación que otros levantan entre la literatura y la vida, o entre lo incierto y lo seguro; para mí se teje una especie de gasa, que parece bastante galaica, hecha de creencias sin comprobación, de vislumbres, de apariciones y metamorfosis, y es como si a través de esa gasa entendiera cosas que están al otro lado, regidas por fuerzas que no son las de la lógica con que se registran los hechos durante la vigilia.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 123.

— Tramo 1**Punto 1 — A Pipileira****Texto 3 - Las ataduras**

¡Qué cosa era la ciudad, vista desde allí arriba! A partir de la gran piedra plana, donde se sentaban, descendía casi verticalmente la maleza, mezclándose con árboles, piedras, cultivos en un desnivel vertiginoso, y las casas de Orense, la Catedral, el río, estaban en el hondón de todo aquello; caían allí los ojos sin transición y se olvidaban del camino y de la distancia

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 124.

Texto 4 - El cuento de nunca acabar

Las palabras puestas en fila. Su gratuidad. ¿Quién me iba a decir a mí cuando tuve aquella primera intuición infantil, siempre presente en mi memoria (yendo en coche a Piñor, antes de la guerra, por Xinzo de Limia sería), que de allí, de la intempestiva perplejidad que me produjo la noción del azar de las letras uniéndose y formando palabras, iban a surgir todas las cuestiones que ahora trato de ordenar y poner de acuerdo?

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 30.



Fotografía de Carmen Martín Gaité en San Lourenzo de Piñor (Ourense).

Punto 2 – Rúa do Cruceiro

Texto 5 - *Las ataduras*

Alina se empezó a escapar sola a lo intrincado y le gustaba el miedo que sentía algunas veces, de tanta soledad. Era una excitación incomparable la de tenderse en lo más alto del monte, en lo más escondido, sobre todo pensando en que a lo mejor la buscaban o la iban a reñir. (...) Y el abuelo Santiago, el padre de la madre, era el que más se reía. (...) A mí se parece, Benjamín, más que a ti. (...) Lo trae en la cara escrito lo de querer explorar mundo y escaparse.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, pp. 129 - 130.

Texto 6 - *Las ataduras*

Salieron a un camino ya oscuro y pasaron por delante de la casa abandonada, que había sido del cura en otro tiempo y luego se la vendió a unos señores que casi no venían nunca. La llamaban «la casa del camino» y ninguna otra casa le estaba cerca. A la puerta, y por un balcón de madera carcomida, subía una enredadera de pasionarias, extrañas flores como de carne pintarrajeada, de mueca grotesca y mortecina, que parecían rostros de payasa vieja. A Alina, que no tenía miedo de nada, le daban miedo estas flores, y nunca las había visto en otro sitio. (...)

—Es por el abuelo. Tengo miedo por él —decía Alina casi llorando, descansada de tener un pretexto para justificar su emoción por la tarde—. (...)

Le distinguieron desde lejos, inmóvil, apoyado en el tronco de un nogal, junto a la vaca, que estaba echada en el suelo.

(...) Pero él no gemía, como otras veces, no se incorporaba. Cuando entraron agitadamente en el prado, vieron que se había quedado

muerto, con los ojos abiertos, impassibles. Las sombras se tendían pacíficamente delante de ellos, caían como un telón, anegaban el campo y la aldea.

David G. Couso (2023),
Piñor, Lugar literario, pp.
131-132.



Fotografía de Carmen Martín Gaité coa súa irmá Ana Maria e o seu curmán en San Lourenzo de Piñor (Ourense)

Punto 3 – Cruceiro de Zama

Texto 7- *Las ataduras*

Dio la vuelta y siguió camino abajo. Ya iba a salir el sol. A la derecha, un muro de piedras desiguales, cubierto de musgo y zarzamoras, separaba el camino de unos cultivos de viña. Más adelante, cuando se acababa este muro, el camino se bifurcaba y había una cruz de piedra en el cruce. No se detuvo. Uno de los ramales llevaba a la iglesia, que ya se divisaba detrás de un corro de eucaliptos; pero él tomó otro, una encañada del ancho exacto de un carro de bueyes y que tenía los rodales de este pasaje señalados muy hondo en los extremos del suelo.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 125.



Texto 8 - *Cantigas de Alén, de Valente*

Escoita, mai, voltei.
Estou no adro
onde aquel día o grande corpo
do meu abó ficou.

Inda oio o pranto.

Voltei, nunca partira.
Alongarme somente foi un xeito
de ficar para sempre.

Fragmento da III Cantiga.

Texto 9- *Agua pasada*

Dado que el Premio Príncipe de Asturias de las Letras lo comparto, y muy a gusto, con un escritor de mi generación, crecido como yo en los años de la postguerra, lo que sería de esperar es que hablara el chico, y la chica quedara en un discreto segundo plano, sorbiendo un gin-fizz y mirándole de reojo, de acuerdo con los esquemas educativos a que me refiero y de los que trata mi libro *Usos amorosos de la postguerra española*. Yo, desde luego, a José Ángel Valente, si nos hubiéramos conocido en alguna de aquellas romerías de la provincia de Orense que, según supimos después, frecuentábamos por los mismos años, jamás me habría atrevido a sacarlo a bailar. Hoy lo hago, aunque un poco cohibida, obedeciendo a instancias superiores, y sólo le pido que se deje llevar por mi ritmo. A estas alturas, espero que no haya ningún pisotón.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 13.

Texto 10 - *Pido la palabra*

Ya en mis primeros recuerdos infantiles anida el contraste que yo percibía entre la mezcla de rigidez y sumisión a la norma propia de las mujeres de Castilla y ese despejo e independencia de las aldeanas gallegas que tomaban decisiones sin consultar al marido, trabajaban la tierra, trotaban por los caminos y tenían una moral sexual mucho más amplia. (...) La mujer que se enfrenta a la realidad no frontalmente sino mediante rodeos oblicuos para conquistar algún retazo de independencia se va convirtiendo gradualmente dentro de mi literatura en la mujer sabia, portadora de un mensaje cifrado que no todo el mundo es capaz de entender. En una palabra, es la meiga, que unas veces embruja y otras orienta.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 158.

— Tramo 2

Punto 4 — Entrada ao cemiterio pola porta sur



Texto 11 - *Retahílas*

Me he pasado la vida echando pestes contra la familia, pero desde hace poco le veo su sentido, además sean como sean, te crees que los has borrado de un plumazo y te siguen influyendo lo mismo, yo con la abuela me llevo mal y a veces es insoportable, pero aquí estoy y me alegro de haberla conocido, en el fondo al que no ha conocido a sus abuelos yo creo que le falta algo.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 19.

Texto 12 - *Caperucita en Manhattan*

Para mí vivir es no tener prisa, contemplar las cosas, prestar oído a las cuitas ajenas, sentir curiosidad y compasión, no decir mentiras, compartir con los vivos un vaso de vino o un trozo de pan, acordarse con orgullo de la lección de los muertos, no permitir que nos humillen o nos engañen, no contestar que sí ni que no sin haber contado antes hasta cien como hacía el Pato Donald... Vivir es saber estar solo para aprender a estar en compañía, y vivir es explicarse y llorar... y vivir es reírse... He conocido a mucha gente a lo largo de mi vida, comisario, y créame, en nombre de ganar dinero para vivir, se lo toman tan en serio que se olvidan de vivir.

Carmen MARTÍN GAITE (1990), *Caperucita en Manhattan*, p. 92)

Texto 13 - *Lo raro es vivir*

Es que todo es muy raro, en cuanto te fijas un poco. Lo raro es vivir. Que estemos aquí sentados, que hablemos y se nos oiga, poner una frase detrás de otra sin mirar ningún libro, que no nos duela nada, que lo que bebemos entre por el camino que es y sepa cuando tiene que torcer, que nos alimente el aire y a otros ya no, que según el antojo de las vísceras nos den ganas de hacer una cosa o la contraria y que de esas ganas dependa a lo mejor el destino, es mucho a la vez, tú, no se abarca, y lo más raro es que lo encontramos normal.

Carmen MARTÍN GAITE (1997), *Lo raro es vivir*, p. 73.

Punto 5 – Panteón dos Gaite

Texto 14 - Retahílas



Tuve que echarme al monte en plena tarde, a las seis, con un calor de prueba, y venga a trepar, ciega, sin saber dónde iba, como en las escapadas infantiles que lo único que sabes es que no quieres volver, tan fuerte era el arrebató que me he perdido, y el miedo que he pasado después de puesto el sol para qué te lo cuento, he tenido un encuentro pavoroso, (...), veía solo a la Muerte, a la Muerte en persona, (...), me he encontrado a la Muerte arriba en esos riscos, al caer ya la noche, montada en su caballo, sí, Germán, a la Muerte, no podía ser otro personaje, te lo voy a contar.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 139.

Texto 15 - Retahílas

Ponerse a contar es como ponerse a coser. 'Para las labores –decía mi madre– hay que tener paciencia, si te sudan las manos, te las lavas; si se arruga el pañito, lo estiras. Y siempre paciencia. Coser es ir una puntada detrás de otra, sean vainicas o recuerdos. Se trata de una postura correcta del cuerpo frente al desplegarse de la memoria, una actitud de buena voluntad, empezar poniéndose a bien con uno mismo, con el propio cuerpo. Se precisa una postura alerta y diligente, vertebrada.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 20.

Texto 16 - Desde la ventana

Mi madre siempre tuvo la costumbre de acercar a la ventana la camilla donde leía o cosía, y aquel punto del cuarto de estar era el ancla, era el centro de la casa. Yo me venía allí con mis cuadernos para hacer los deberes, y desde niña supe que la hora que más le gustaba para fugarse era la del atardecer, esa frontera entre dos luces, cuando ya no se distinguen bien las letras ni el color de los hilos y resulta difícil de enhebrar una aguja; supe que cuando abandonaba sobre el regazo la labor o el libro y empezaba a mirar por la ventana, era cuando se iba de viaje. «No encendáis todavía la luz –decía–, que quiero ver atardecer.» Yo no me iba, pero casi nunca le hablaba porque sabía que era interrumpirla. Y en aquel silencio que caía con la tarde sobre su labor y mis cuadernos, de tanto envidiarla y de tanto mirarla, aprendí no sé cómo a fugarme yo también.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 20.



Fotografía de Carmen Martín Gaité coa súa curmá Maruchi diante da casa de Borrajo en San Lourenzo de Piñor (Ourense).

Texto 17 - *El cuento de nunca acabar*

«me acuerdo de las viñas, de las meriendas al aire libre, de la fruta que robábamos en la huerta del Pazo de Felisa. Comer era el resultado de un deseo furtivo».

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 99.

Texto 18 - *Agua pasada*

Hay quien dice que somos del lugar donde hicimos el Bachillerato, otros opinan que del lugar donde nacieron nuestros hijos.

Pero también pertenece uno -de forma más profunda o secreta- al lugar que tuvo la generosidad de acoger a nuestros seres más queridos y darles tierra.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, pp. 26-27.

Las ataduras (dedicatoria)

A mi padre, abnegado y tenaz. A mi madre, que nunca me forzó a ninguna cosa, que parecía que no me estaba enseñando nada.

Poemas

Pídeme que esté alegre

Aún me entra cielo azul
y lo miro en mis charcos
reflejado a jirones.
Pídeme que esté alegre.
Si tú me lo pidieras,
en un caballo blanco subiría,
en un caballo bravo y montaraz.
Pídeme que esté alegre.
y correré a ponerme
atavíos de fiesta,
abriré las cien puertas de mi casa
y saldré entre piruetas
y saltos de través
aturdida de sol,
y a las verdes palomas
daré migas de pan.
Pídeme que esté alegre.
En un caballo blanco correría,
en un caballo loco y montaraz,
si tú me lo pidieras.

Punto 6 – A encañada

Texto 19 - *Las ataduras*

Muchas veces se iba a escribir al jardín que rodeaba la iglesia, cerca de la tumba del abuelo. Aquello no parecía un cementerio, de los que luego conoció Alina, tan característicos. Cantaban los pájaros y andaban por allí picoteando las gallinas del cura. Estaban a dos pasos los eucaliptos y los pinos, todo era uno. Muchas veces sentía timidez de que alguien la encontrase sola en lugares así, y se hacía la distraída para no saludar al que pasaba, aunque fuese un conocido. (...) Luego, rezando la penitencia se pasaba largos ratos Alina en la iglesia vacía por las tardes, con la puerta al fondo, por donde entraban olores y ruidos del campo, abierta de par en par. (...)

—Se me quita la devoción mirando ese San Roque —confesaba Alina al cura—.

—(...) Reza el rosario a tu manera. Lo que sea, no importa. Tú eres buena, no te tienes que preocupar tanto con esas preguntas que siempre se te están ocurriendo. Baila un poquito en estas fiestas que vienen. Eso tampoco es malo a tu edad. Diviértete, hija. —Se reía—. Dirás que qué penitencia tan rara.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 126.

Texto 20 - *Las ataduras*



La encañada seguía hacia abajo, pero se abría a la derecha en un repecho, suave al principio, más abrupto luego, resbaladizo de agujas de pino. Llegado allí, el maestro se puso a subir la cuesta despacio, dejando el pueblo atrás. No volvió la vista. Ya sentía el sol a sus espaldas. Cuanto más arriba, más se espesaba el monte de pinos y empezaban a aparecer rocas muy grandes, por encima de las cuales a veces tenía que saltar para no dar demasiado rodeo. Miró hacia la cumbre, en línea recta. Todavía le faltaba mucho. Trepaba deprisa, arañándose el pantalón con los tojos, con las carquejas secas. Pero se desprendía rabiosamente y continuaba.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 129.

Fotografía de Carmen Martín Gaité en San Lourenzo de Piñor (Ourense)

Punto 7 – Camiño da Longra cara ao barrio do Hospital

Texto 21 - *El pastel del diablo*

Pero la madre de Sorpresa, que había oído aquella predicción, porque estaba junto a la cuna, se quedó tan triste e intranquila que por la noche no se podía dormir. (...) Zenón trató de consolarla; le dijo que Balbina, la vieja curandera, tenía un poco perdido el seso, ya se sabía, y que, cuando se emborrachaba, cosa que ocurría con frecuencia, decía disparates sin pies ni cabeza, (...). Así que Zenón ya no podía quitarse de la cabeza las palabras de la vieja Balbina y estaba deseando que se hiciera de día para ir a buscar. (...) Pero en el pueblo le dijeron que un leñador acababa de encontrársela muerta junto al arroyo del bosque, con la bota de vino vacía apretada contra el pecho. Fue el primer entierro, después de muchos años, en el que nadie tocó el tambor.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 134.

Texto 22 - *El pastel del diablo*

Y en Trimonte, que era un pueblo donde se contaban muchos sucesos de brujas y de muertos, las mujeres decían que la hechicería y el mal de ojo solo los puede conjurar el diablo. (...) Un rato más tarde, (...) varios grupos dispersos de vecinos de la aldea, que volvían, entre cánticos y risotadas, de la romería de Sietecuervos, se quedaron mudos y quietos como estatuas ante la extraña aparición que cruzó ante sus ojos absortos.

Era una mujer hermosísima con la parte superior del rostro cubierta por un antifaz de terciopelo. Llevaba un traje de gasa blanco y vaporoso con las mangas en forma de alas de libélula, zapatos de oro con altos tacones y una antorcha en la mano. El cabello rubio y larguísimo, entretejido con lirios, era como una cortina que le cubría enteramente las espaldas y ondeaba flotando al viento al compás de su paso ondulante. Avanzaba por entre los árboles a un ritmo armonioso, rápido y sutil, sin tropezar con ninguno. Y daba la impresión de que no iba pisando realmente el suelo. Desplegaba las mangas de su traje de gasa a modo de alas y la luz de la antorcha iba proyectando trazos curvilíneos en la sombra del bosque, al subir y bajar. Unos atribuyeron aquella aparición a los vapores del vino, pero otros juraban y perjuraban al día siguiente que la habían visto con toda claridad.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 135.

Texto 23 - *El pastel del diablo*

Al llegar a la entrada del bosque de Los Gozos, se detuvo, como dudando. Hacía calor. De allí, junto a una cruz de piedra, arrancaba una veredita que no se internaba en el bosque, sino que salía de él. Conducía al semicírculo de montañas que respaldaban el pueblo y que ahora se perfilaban como castillos ruinosos bajo el sol ya cansado de la tarde.

Una de aquellas cimas, que se llamaba el Perro Dormido, era la preferida de Sorpresa. (...) Solamente se oía el canto de los pájaros y el ruido de un arroyuelo. (...) Sorpresa estaba, efectivamente, en la cima del Perro Dormido, sentada en una peña que ellos llamaban el Sillón, porque tenía una especie de respaldo, y desde la que se dominaba todo el pueblo.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 136.

Texto 24 - Contos do avó, de Xusto Calviño. 'Encontro coas pantasma'

Carme, a da casa dos Gaité, que viñera desde Salamanca pasar as vacacións de verán á aldea, contounos que estando coas súas amigas nun prado próximo á Viñavella apareceron alí dúas persoas malencaradas montadas nuns cabalos mouros, que as rodearon e comezaron a pegar cunhas correas, así como a tirarllas pedras. As mociñas fuxiron cara á aldea, mais a misteriosa parella, vestida cunha estraña roupa escura de feitura medieval, aínda as perseguiu até as primeiras casas.

Entón, os homes déronlle creto aos feitos e decidiron saír ao monte cos cans, coma cando antes da guerra ían atrapar o lobo nas batidas; pero, non atoparon a ninguén e iso que buscaron a conciencia durante varias horas. Xa entrara a noite, cando de volta pasaron pola verbena. Tomaron unhas copas de licor, mentres os músicos da Pipileira tocaban un popurrí de pezas coñecidas. Graña danzaba con Carme. Lémbroo moi ben, porque todos os rillotes da contorna idolatrábamos a fermosura salmantina e pouco menos que nos pelexabamos por bailar con ela.



Carmen Martín Gaité con Eulogia Sánchez Vázquez, en 1943.

— Tramo 3

Punto 8 — A fonte do Regueiro

Texto 25 - Retahílas



El niño le contestó que sí y que allí mismo era la fuente y que no podían pasar más allá, que ya solo había cañadas para carros y bestias. Y que además allí, a mano derecha, tenía la verja de la casa por la que preguntaba (...). Ya había atardecido completamente. Un resplandor rojizo daba cierto tinte irreal, de cuadro decimonónico, a aquel paraje. En el pilón cuadrado de la fuente, que era sólida, elegante y de proporciones armoniosas, estaban bebiendo unas vacas, mientras la mujer que parecía a su cuidado permanecía al pie con un cántaro de metal sobre la cabeza erguida y quieta. Solamente se oía el hilo del agua yendo al pilón y un lejano croar de ranas. Blanqueaba la fuente con su respaldo labrado en piedra, ancho y firme, como un dique contra el que vinieran a estrellarse, con los estertores de la tarde, los afanes de seguir andando y encontrar algo más lejos. Se diría, en efecto, que en aquella pared remataba cualquier viaje posible; era el límite, el final.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 89.

Texto 26 - Retahílas

El joven se acercó pausadamente, seguido por el niño y escrutado por la mujer que se mantenía absolutamente inmóvil, como una figura tallada en la misma piedra de la fuente y puesta allí para su adorno. Encima del canal por donde caía el reguerillo de agua había una gran placa de bronce fija a la piedra. (...) Aprovechando el último resplandor de aquel día de agosto, alcanzó todavía a leer pálidamente su inscripción en letras doradas: «A D. Ramón Sotero, la sociedad de agricultores de N... como gratitud. Año de 1898».

—Ese era el que mandó hacer la fuente —explicó el niño—; un señor antiguo de esa casa —añadió mientras caminaba detrás del joven y le señalaba la alta verja que él ya había alcanzado y cuyos adornos estaba contemplando con curiosidad—. Era marido de la señora vieja que han traído ayer en la ambulancia, una muy vieja. Cien años, dice mi padre.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 90.

Texto 27 - El cuarto de atrás

El termo está a mis espaldas, sobre un aparador: un aparador grande con molduras negras, que aparece reflejado en el espejo y ocupa toda la pared de enfrente. Este viene de la rama materna, por ahí fluye Galicia. Estuvo muchos años en Salamanca en el cuarto de atrás, donde aprendí a jugar y a leer, bajo la presidencia de este antepasado de madera de castaño, tan estable y también tan viajero. Antes había sido de don Javier Gaité, que lo compró en Orense por trescientas pesetas, según una factura que su hija María, mi madre, encontró no hace mucho entre otros papeles; los papeles viejos siempre acarrean historias viejas y ella me las cuenta porque sabe que me gustan. A mi abuelo yo no lo conocí pero en las fotografías se le ve muy buena pinta, con su barbita negra recortada y los ojos inteligentes bajo el sombrero de pajilla. No le gustaba afincarse por largo tiempo en ningún sitio, no sé si me habrá venido de él una pizca de bohemia, aunque moderada; era profesor de geografía y siempre anduvo solicitando traslados, rodando por institutos de provincias y llevando de acá para allá el aparador, que conoció por eso muchas ciudades y muchas casas.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, pp. 92-93.



Fotografía de Francisco Javier Gaité Lloves avó materno de Carmen Martín Gaité.

Punto 9 — O Pazo de Lemos

Texto 28 - Poemas



Recuerdo mis veraneos de adolescencia en la aldea de Piñor, cerca de Orense, la cuna de mi madre. Allí, subida a los riscos o perdida en el monte, inventé muchos poemas. Me gustaba recitarlos a mí misma en alta voz, especialmente los que tuvieron su germen en alguna de esas pasiones atizadas por el secreto, por la sed de lo inabarcable o por la prematura intuición del privilegio que supone estar viva. Aquella naturaleza agreste que barría las nubes y las normas, y que daba a elegir entre muchos senderos misteriosos, incitaba a la aventura, al peligro y al gusto por el escondite.

Carmen MARTÍN GAITE (2001), *Poemas*, p. 15.

Texto 29 - Método contra el cólera

«Una enfermedad terrible que deja en pos de sí un indeleble rastro de desolación y luto, una calamidad tremenda que cuenta víctimas a millares, que convierte en desiertos las ciudades y que espanta la humanidad entera, amenaza por segunda vez el suelo español...»

David GONZÁLEZ COUSO (2011), *O fío da escritura*, p. 63.

Texto 30 - Retahílas

—¿Sabrías tú decirme, chaval, la casa de Louredo por dónde cae?

El chico le miraba con pasmo, como si temiera no haber entendido la pregunta.

—¿Louredo? ¿El pazo? —preguntó a su vez.

—Sí. Es una casa grande con parque. ¿La conoces?

—Sí, señor, claro.

—¿Y está lejos de aquí?

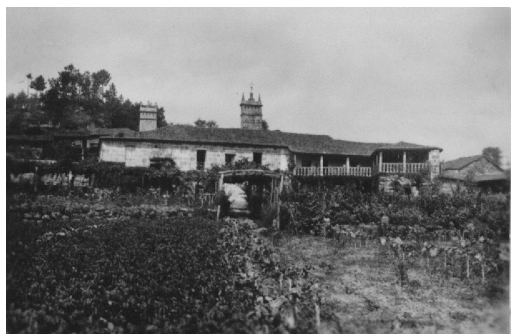
El chico hundió los ojos en el túnel espeso, recto y largo que formaban sobre el camino los castaños de indias y señaló hacia el fondo, a un supuesto final que quedaba ofuscado por la penumbra sin que la vista pudiera divisarlo.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 100.

Texto 31 - Retahílas

La verja era pesada de empujar y chirriaba. La cerró detrás de sí y, seguido por la mirada melancólica del chico, que se había quedado con la frente pegada a unos hierros en forma de pámpano, se alejó a paso vivo hasta ser un punto imperceptible por el largo sendero de arena, ya muy ensombrecido, que, entre árboles antiguos, conduce a la vieja casa de Louredo.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 101.

Texto 32 - Retahílas

Me he pasado la vida echando pestes contra la familia, pero desde hace poco le veo su sentido, además sean como sean, te crees que los has borrado de un plumazo y te siguen influyendo lo mismo, yo con la abuela me llevo mal y a veces es insoportable, pero aquí estoy y me alegro de haberla conocido, en el fondo al que no ha conocido a sus abuelos yo creo que le falta algo.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 102.

Texto 33 - El libro de la fiebre

Todavía no os he hablado del jardín de mi infancia. Era un jardín abandonado y umbrío con senderitos enarenados y viejos pájaros. Tenía una puerta de hierros, y a través de ella venía el misterioso encanto del jardín. Mucho me gustaba agarrarme a aquellos barrotes de espaldas a los ruidos de la calle y pasarme las horas muertas acechando al interior con ojos envidiosos. Un rumor tenue y pasajero de pasos o de risas, una rayita de sol filtrada al separarse las hojas de los árboles, una ráfaga de aire con olor a eucaliptos bastaba para traerme un tropel de recuerdos incompletos y un deseo vivísimo de entrar. (...) había una señora con las manos cruzadas sobre la falda. Era mi abuela Sofía. No me preguntéis cómo la conocí, si ella murió cuando yo tenía apenas un año. Yo supe que era mi abuela Sofía. (...) Mi abuela era tan grande que para llegarle a las manos tuve que trepar por su vestido, como un animalejo. Entonces vi que era de piedra. Tenía unas viejas y nudosas manos de piedra y desde ellas, a través de las lágrimas le miré de frente el rostro de piedra también. Un dulce rostro contraído en un gesto de piedad y amargura sobre sus manos. De los ojos le brillaban dos lágrimas brillantes y duras. El encuentro con mi abuela fue el más importante de los encuentros que tuve en el jardín cerrado.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, pp. 103-104.

Texto 34 - El cuarto de atrás

Mi madre se pasaba las horas muertas en la galería del cuarto de atrás, metiendo tesoros en el baúl de hojalata, y no acierta a entender si el tiempo se le iba deprisa o despacio, ni a decir cómo lo distribuía, solo se sabe que no se aburría nada y que allí leyó *Los tres mosqueteros*. Le encantaba, desde pequeña, leer y jugar a juegos de chicos, y hubiera querido estudiar una carrera, como sus dos hermanos varones, pero entonces no era costumbre, ni siquiera se le pasó por la cabeza pedirlo. Me dio a leer, cuando yo hacía bachillerato, una novela que se titulaba *El amor catedrático*, la historia de una chica que se atreve a estudiar carrera y acaba enamorándose de su profesor de latín y casándose con él. (...) Mi madre no era casamentera, ni me enseñó tampoco nunca a coser ni a guisar, aunque yo la miraba con mucha curiosidad cuando la veía a ella hacerlo, y creo que, de verla, aprendí; en cambio, siempre me alentó en mis estudios, y cuando, después de la guerra venían mis amigos a casa en época de exámenes, nos entraba la merienda y nos miraba con envidia. «Hasta a coser un botón aprende mejor una persona lista que tonta» le contestó un día a una señora que había dicho de mí, moviendo la cabeza con reprobación: «Mujer que sabe latín no puede tener buen fin», y la miré con un agradecimiento eterno.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, pp. 105-106.

Texto 35 - Retahílas

Con las cartas y los retratos del baúl que trajimos ayer en la ambulancia pasa lo mismo, son su memoria, su referencia a la vida. (...) Porque es que fíjate lo que supone que el baúl no lo quiera ya la abuela, que no lo sienta suyo, significa que me lo da, que lo tengo que sentir mío yo, (...). No lo puedo tirar, me siento condenada a ir envejeciendo con ese espía desconcertante al flanco, porque es que enterrarlo con ella no puedo, compréndelo, guarda vida, aunque sea para nadie, me parecería estar enterrando a un ser a quien no se han cerrado los ojos, que al echarle tierra encima aún te mirara. Los libros es distinto, eran de todos, todos hemos leído, y el día que se levante esta casa y me los lleve (...), cuando los embale y luego los desempaque allí en mi casa y los coloque junto a esos otros que han ido jalonando mis estudios adultos, me dará la impresión de estar llevando a cabo un traslado que tiene algún sentido. (...) Son irrecuperables las primeras lecturas, (...). Las primeras novelas de amor



que he leído en mi vida ha sido ahí tirada por el suelo en siestas de verano, con el libro en la alfombra, (...) y era tal el deseo de intrincarse por aquellos renglones apretados, de viajar, de volar a su través que todo en torno desaparecía.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 106.

Texto 36 - Retahílas

Lo que está bien contado es igual que si fuera verdad, qué más da la verdad que la mentira. (...) Yo vengo aquí en cierta manera a buscar el rastro de la luz (...). Para mí este de la abuela ha sido el primer pretexto de fuste, aunque, a ver si me entiendes, es desde luego el que menos puede tener que ver con el argumento de mi propia vida, pero en cambio tiene que ver con la vida de la casa, (...) [p.58-65].

(...) se trata de sentir por qué y por dónde están pegadas unas cosas con otras, de que digas: pues mira, lo entiendo, a esto le cojo el hilo, (...), la cuestión está en poder decir: hago esto en vez de aquello porque lo elijo, porque tiro de un hilo que me relaciona con ello y con el señor que yo era antes de quererlo hacer, (...).

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 109.

Texto 37 - Retahílas

Vivir es disponer de la palabra, recuperarla, cuando se detiene su curso se interrumpe la vida y se instala la muerte; y claro que más de media vida se la pasa uno muerto por devolverle la espalda a la palabra, pero por lo menos ya es bastante saberlo, no te creas que es poco.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 111.

Texto 38 - Retahílas

Y la casa qué va a estar en ruinas, mujer, mientras sigamos hablando tú y yo, vamos anda: lo que pasa es que arde, pero el fuego es triunfo y solemnidad, no es ruinas, en ruinas estará mañana. (...) esta casa la construyeron los marqueses de Allariz y luego la compró y la reformó el abuelo Ramón y la vivisteis vosotros de niños y la ha conservado a trancas y barrancas Juana a lo largo de todos estos años solamente para que ardiera hoy en plan de falla de Valencia, (...) no te preocupes de mañana, piensa en la fiesta de hoy, le estamos rindiendo honores póstumos a la casa, es su apoteosis, ¿por qué iba a tener más sentido esta habitación cuando leías novelas tirada ahí por el suelo (...) que hoy como escenario de cartón piedra que hemos hecho resucitar nosotros para quemarlo y que ardan aquel tiempo y el de ahora?

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 112.

Texto 39 - Retahílas

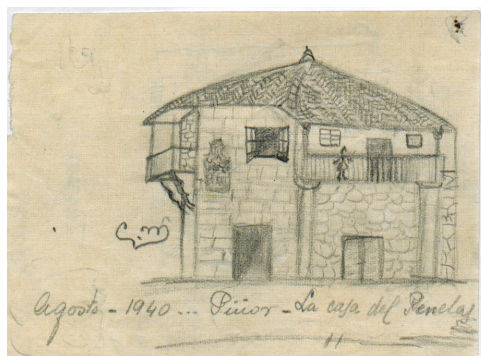
Era una pieza grande, de artesanado alto, con tres balcones al jardín. Dos de ellos tenían delante cortinas corridas. Por el primer término, que estaba abierto de par en par, entraba un claror de madrugada fresca y bienoliente a perfilar ya un poco los bultos conocidos de los muebles que a esa luz, sin embargo, producían extrañeza: el piano en su funda, la consola, el armario de los libros con una puerta de cristales abierta, las sillas arrimadas en la fila de la pared, la lámpara de pie, las butacas desparejadas y el enorme sofá viejo frente al hueco de la chimenea parecían nadar en aquel resplandor difuso como barcos perdidos entre la niebla y algunos de sus escorzos oscuros se reflejaban fantasmales en el espejo del fondo.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 112.

Texto 40 - Retahílas

Y fue una emoción antigua la que vino a herirla, a traición, haciendo afluir inesperadamente la sangre de aquel rostro marchito, curado de rubores. Porque antigua también, de treinta años atrás, era la escena que sus ojos perplejos descubrían. Eran Germán y Eulalia abrazados, eran ellos mismos en persona. (...) Toda la noche en vela, de espaldas al mundo, aislados en su castillo inexpugnable de palabras, un hilo de palabras fluyendo de Eulalia a Germán, volviendo de Germán a Eulalia, retahílas pertenecientes a un texto ardiente e indescifrable.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 113.



Debuxo de CMG da casa do Penelas en Piñor.



Texto 41 - El pastel del diablo

Era un edificio de piedra rosa con cinco chimeneas. Estaba rodeado de una tapia muy alta, por entre cuyas ranuras crecían las malas hierbas y corrían las lagartijas, y desde cualquier punto elevado de la aldea podía divisarse la fachada de balcones abombados y el sombrío jardín que había que atravesar para llegar a la escalinata que daba acceso a ella. Pero Sorpresa no había cruzado nunca los umbrales de aquella casa ni conocía a ningún niño que lo hubiera hecho.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 114.

Aquella noche Sorpresa, antes de dormirse, sacó un cuaderno grande que se solía llevar al campo para pintar lo que veía, y se entretuvo mucho rato dibujando una casa muy complicada llena de escaleras interiores, pasadizos en forma de espiral, estatuas, recintos con cortinas y unos muebles muy raros y picudos. Hasta que terminó no supo que aquello era haber entrado en la Casa Grande.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 115.

— Tramo 4

Punto 10 — A casa dos Gaite

Texto 42 - *El pastel del diablo*

Echó a andar por un sendero iluminado por la luz de la luna. A los lados crecían árboles muy corpulentos y tupidos cuyas ramas, al ser zarandeadas por el aire, dejaban en el suelo sombras movedizas, sobre las que ella iba poniendo el pie con cuidado, como si temiera desbaratar aquel extraño dibujo. Y mientras avanzaba mirando para el suelo y procurando pisar de claro en claro, saltando a veces a la pata coja, se preguntaba que cómo habría podido caer la noche tan de repente. Escuchaba el silbido de las lechuzas, el croar de las ranas, el canto de los grillos, y el corazón le latía tan fuerte como si se le fuera a salir por la boca. Pero nunca en la vida se había sentido más feliz. (...) Al cabo de un rato, los árboles se espesaron, formando sobre su cabeza un túnel tan cerrado que la luna dejó de filtrarse pro entre el ramaje y ya no veía el camino (...), a medida que iba acercándose a aquellas luces pudo ver que procedían de dos globos enormes de cristal tallado que remataban la barandilla de una escalera de piedra muy ancha. Llegó a una plazoleta circular situada delante de la escalera, donde había parados tres coches negros. (...) subió de dos en dos los peldaños de la gran escalinata. Cruzó por tres descansillos con bancos de piedra, y al remate del último estaba la puerta de la casa.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, pp. 116-117.

Texto 43 - *Agua pasada*

Es una aldea de montaña, donde también mi madre había pasado los veranos de su infancia y donde mi abuelo Javier había mandado construir una casa muy bonita con jardín y huerta, junto al camino. No tenía luz eléctrica ni agua corriente, pero a nosotros nos encantaba estar allí. En ese mismo pueblo veraneaban también los hijos de mi tío Vicente.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 24.

Eran ya las siete cuando salió a la balconada de atrás, colgada sobre un techo de avellanos, con el retrete en una esquina, y bajó la escalerilla que daba al jardín. Era jardín y huerta, pequeño, sin lindes. Las hortensias y las dalias crecían a dos pasos de las hortalizas, y solamente había un paseo de arena



medianamente organizado, justamente bajo la balconada, a la sombra de los avellanos. Lo demás eran pequeños caminitos sin orden ni concierto que zurcían los trozos de cultivos y flores. Más atrás de todo esto había un prado donde estaban los árboles. Ciruelos, perales, manzanos, cerezos y una higuera en medio de todos (...). La puerta de la casa daba a la carretera y esta a un camino que se alejaba del pueblo (...). Asomaba el tejado con su chimenea sin humo, bajo el primer albor de un cielo neutro donde la luna se transparentaba rígida, ya de retirada. Le pareció un dibujo todo el jardín y mentira la casa; desaparejada, como si no fuera hermana de las otras del pueblo. Las otras estaban vivas y esta era la casa de un guiñol, de tarlatana y cartón piedra.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 74.

Texto 44 - El cuarto de atrás



Estábamos todos los primos en la casa de verano de Galicia, nos alumbrábamos con un candil de carburo, la tormenta se agarraba a los picos de las montañas; a mí me gustaba salir sola a mojarme a las escaleras de atrás, sentir la lluvia azotando los avellanos de la huerta, el olor a tierra húmeda, me llamaban, me buscaban, me daba más miedo entrar que estar fuera, me daba miedo lo cerrado, el miedo a los otros, lo que más miedo me daba era rezar.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, pp. 74-75.

Texto 45 - Pido la palabra

De la madre nos viene a muchas mujeres la forma de entender y navegar la vida, y a eso hay que añadir lo que significa el matriarcado en Galicia, (...).

Mis raíces gallegas, que condicionan de forma decisiva —y cada día lo noto más— mi carácter y afinidades literarias, se ven reforzadas porque allí, en Galicia, había —hubo durante mucho tiempo— una casa que se alterna en mis recuerdos de infancia y primera juventud con la de la Plaza de los Bandos de Salamanca, donde yo nací.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 82.

Texto 46 - Las ataduras

Luego abrió las maderas de la ventana. Se cernía ya sobre el jardín una claridad tenue que a él le permitía reconocer los sitios como si los palpara. Cantó un gallo al lado de la carretera.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 83.

Punto 11 – O Campo de Roma

Texto 47 - Las ataduras



La romería se celebraba en un soto de castaños y eucaliptos a la izquierda de la carretera. Los árboles eran viejos, y muchos se secaban poco a poco. Otros los habían ido cortando, y dejaron el muñón de asiento para las rosquilleras. Las que llegaban tarde se sentaban en el suelo, sobre la hierba amarillenta y pisoteada, y ponían delante la cesta con la mercancía. En filas de tres o cuatro, con pañuelos de colores a la cabeza. Vendían rosquillas de Ribadavia, peras y manzanas, relojitos de hora fija, pitos, petardos. Estaban instaladas desde por la mañana las barcas voladoras pintadas de azul descolorido y sujetas por dos barras de hierro a un cartel alargado donde se leía: «LA ALEGRÍA — ODILO VARELA». Otros años las ponían cerca de la carretera, y a Odilo Varela, que ya era

popular, le ayudaban todos los niños del pueblo trayendo tablas y clavos. Pero esta vez habían venido también automóviles de choque y una noria, y las barcas voladoras pasaron a segundo término. También desde por la mañana, muy temprano, habían llegado los pulperos, los indispensables, solemnes pulperos de la feria. Este año eran tres. El pulpero era tan importante como la banda de música, como la misa de tres curas, como los cohetes que estremecían la montaña (...). El caldo del pulpo despedía por sus burbujas un olor violento que excitaba y alcanzaba los sentidos, como una llamarada.

Por la tarde, este olor había impregnado el campo y se mezclaba con el de anguilas fritas. También venían de cuando en cuando, entre le polvo que levantaban las parejas al bailar, otras ráfagas frescas de olor a eucaliptos y a resina.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, pp. 86-87.

Texto 48 - Contos do avó, de Xusto Calviño

A filla máis nova dos señores de Salamanca percibía que algo non ía ben ao seu redor, pero a esa idade tampouco tiña demasiado tempo de reflexionar nesas cousas. Naquel entón, o seu mundo reducíase ao colexio da cidade; á notaría do seu pai; ás tardes nostálgicas da súa nai; aos libros de texto que había que chapar e ás diferentes lecturas que realizaba, sen descanso, na biblioteca familiar.

Tamén, lle gustaba fabular; por iso, a súa imaxinación era espléndida e, ao deitarse soñaba coa distante aldea de Galicia, na que pasara as vacacións de verán até o ano anterior ao estalido da conflagración nacional. Víase de novo facendo trasnadas cos demais rapaces de Piñor; paseando pola estrada de Roma e polos barrios de Requeixo, O Hospital a As Quintas; correndo polos numerosos camiños, canellas e carreiros que naquel lugar había; gozando do pracer visual das viñas coas cepas repletas de uvas e das árbores froiteiras dadivosas; dos verdes lameiros, nos que pastaban as vacas dos labregos, e do ruidoso burbullar das fontes e regos que transmitían unha relaxante de vida e felicidade.

Texto 49 - Retahílas

Pero las alimañas ocultas, la noche, la montaña inexplorada, el descubrimiento de una tapia difícil de escalar o de un paisaje nuevo y misterioso, los nombres de las hierbas y las frutas, los títeres del pueblo, el miedo de perderse, todo eso es de la infancia. Y yo, que tenía anclada aquí la mía, sentía este lugar como referencia primaria o punto de origen, arcilla de la que he estado echando mano siempre para moldear cualquier sueño, y sabía cada vez mejor que este viaje, fundamento de todos los asuntos pendientes, era el único viaje que quedaba ya; pero por otra parte comprendía que no iba a llegar aquí y notar la tierra como mi segunda piel, que era inútil tener ya este lugar por escondite, por aquella jaulita para ponerme a salvo tantas veces antaño valedera, sabía que solo no viniendo lo podía idealizar y prefería tenerlo de reserva en la mente, buscar por otros sitios.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, pp. 72-73.

— Tramo 5

Punto 12 — Subida ao Tangaraño

Texto 50 - *Nubosidad variable*

Aprendí a irme abriendo camino a tientas, a esperar sin esperanza, a no exigir de nadie una respuesta, a alimentarme únicamente de mi hambre de vivir, aunque la sintiera aletargada. Ése ha sido mi norte toda la vida, no convertirme en una mujer amargada, agarrarme a lo que sea para lograrlo. Y desde luego, no hay mejor tabla de salvación que la pluma. Gracias, Mariana, por habérmelo vuelto a recordar.

Carmen MARTÍN GAITE (1992), *Nubosidad variable*, p. 210.

Texto 51 - *Retahílas*

—La vieja se morirá esta madrugada. La más joven dicen que ha reñido con el cura. Que no quiere curas ni visitas; a usted no la dejará entrar. Solo deja a la Juana. Ahora debe andar por ahí de paseo, no la asusta el monte. Mi padre la ha visto antes por allá arriba; ¿ve aquellas peñas últimas encima de los pinos?, pues por allí, donde el Tangaraño. Señalaba a una montaña que no se podía precisar si estaba muy lejana o muy cercana y el viajero, al descubrirla de pronto, fosca y rodeada de resplandores violeta, se estremeció. Daba miedo. Pero trató de sonreír.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 138.

Texto 52 - *Retahílas*

Tuve que echarme al monte en plena tarde, a las seis, con un calor de prueba, y venga a trepar, ciega, sin saber dónde iba, como en las escapadas infantiles que lo único que sabes es que no quieres volver, tan fuerte era el arrebató que me he perdido, y el miedo que he pasado después de puesto el sol para qué te lo cuento, he tenido un encuentro pavoroso, (...), veía solo a la Muerte, a la Muerte en persona, (...), me he encontrado a la Muerte arriba en esos riscos, al caer ya la noche, montada en su caballo, sí, Germán, a la Muerte, no podía ser otro personaje, te lo voy a contar.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 139.

Texto 53 - Retahílas



Fotografía de Carmen Martín Gaité en San Lourenzo de Piñor (Ourense).

Iba trepando yo, ciega como te digo, orientada tan solo por el deseo pánico de largarme de aquí, de no estar en la casa cuando llegara a ella la Muerte a visitarla. También murió mi madre en ese mismo cuarto hace ya muchos años; (...) lo que pensé primero fue por qué puerta de las tres que hay aquí habría entrado la Muerte, de qué monte bajado y por qué vericuetos, y me imaginé precisamente las malezas del Tangaraño, antes según lo escalaba me iba acordando de eso y de que mamá se figuraba siempre a la Muerte con mayúsculas como un personaje literario; decía que a la casa donde hay un moribundo llega en cierto momento del día de su muerte un personaje oscuro en quien nadie repara, alguien que vende algo, que pregunta unas señas, que ha perdido el camino o pide pan, y después de irse el buhonero ese, caminante o mendigo o lo que sea, el corazón del enfermo ya tiene los latidos contados; y así iban pensando en mamá mientras trepaba, en que no he dejado nunca de creer un poco en estos cuentos suyos, tratando de revivir la expresión convencida y seria que ponía cuando nos los contaba, (...)

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 140.

Texto 54 - Retahílas



Fotografía de Carmen Martín Gaité lendo con varios nenos en San Lourenzo de Piñor (Ourense).

Me acuerdo que en la guerra fui con ella a escondidas varias tardes a llevarles comida a unos rojos del pueblo que andaban escondidos por política, los maquis los llamaban, y yo no lo entendía porque eran el Basilio y el Gaspar, amigos de la infancia de mi madre; (...) y a mí me había ido advirtiéndolo por el monte arriba que tenían barba de mucho tiempo y la ropa muy rota y que por eso les llevábamos unas mudas además de comida, que vivían en el hueco de una peña como bichos y que casi no los iba a conocer, que no tuviera miedo, pero sí, miedo iba a tener yo, una novela es lo que me parecía tener aquel secreto a medias con mamá y escaparnos las dos al monte en plena tarde y coger cosas en la despensa a espaldas de la abuela; (...) inventaba oraciones en la cama para que se salvaran, uno no se salvó, le pillaron de noche aquel invierno unos guardias civiles merodeando el pueblo y se murió del tiro, ahí bajando a la fuente; el Gaspar

escapó, a Francia me parece, y pasada la guerra su mujer nos mandaba aguardiente de yerbas por la Virgen de Agosto; (...)

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 141.

Texto 55 - Retahílas



Fotografía de Carmen Marín Gaité e Ana María Martín Gaité en San Lourenzo de Piñor (Ourense)

Ya ves cuántos recuerdos me trae a mí ese monte; antes, sentada arriba, tiré de todos estos y más, de muchos más, los convoqué a propósito y me agarraba a ellos igual que a un clavo ardiendo por ver si conjuraban mi extrañeza y si eran capaces de hacer volver la tierra a su ser familiar, de desencantar el paisaje y mostrármelo en su fisonomía verdadera, (...) y estaba en esto cuando oigo de repente en medio del silencio un crujido especial, inconfundible, los cascos de un caballo, (...) me pasó por delante de los ojos atónitos como a cámara lenta: era un caballo negro, de tamaño muy grande, y encima iba un jinete con un sombrero raro y unas ropas oscuras, dormido o desmayado, no lo sé, pero boca abajo y los brazos así colgando inertes a los dos lados de la crin; la cara no se le veía, se la tapaba el ala del sombrero que era muy grande, negro, parecía medieval, (...) se le había dejado de oír, (...) me subí a unas rocas que había cerca para otear mejor y ni se le veía ni se le oía, silencio sepulcral, la noche encima, el olor de los pinos, las estrellas que empezaban a hacer guiños y la luna subiendo como un globo naranja, el único ruido de los grillos, nada más, del caballo ni sombra ni rumor; menos mal que pisando aquel grupo de peñas me di cuenta de que

era el promontorio que una tarde tu padre bautizó «de los locos» y que se ve desde la balconada trasera de esta casa, o sea que, por lo menos, me había orientado, dominaba de pronto perfiles conocidos, veía muy abajo las luces de la aldea temblonas y dispersas y el tejado de aquí, así que me escurrí sin pérdida de tiempo a buscar el atajo que trae aquí directo, (...) tenía que ganarle minutos y terreno a la Muerte a caballo que tal vez me venía pisando los talones; (...)

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, pp. 141-142.

Texto 56 - Retahílas

Lo he añorado mil veces, lo he querido olvidar, lo he suplido con otros mucho más grandiosos y nombrados, altas cimas a las que se sube en funicular, todo en vano: se superpone inesperadamente a los demás paisajes, aparece en mis sueños, decora mis lecturas, me lo sé palmo a palmo, de la infancia es inútil renegar, es mi tierra, Germán, mi verdadera patria, tal vez solo mamá llegó a sentirlo suyo como lo siento



Carmen Martín Gaité cos amigos nas Penas de Ousande (1944) Fotografía de Amado Perille.

yo, igual de montaraces hemos sido las dos, cabras del Tangaraño y de sus riscos.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 143.

Texto 57 - Retahílas

Yo estaba preocupado por ti, te digo la verdad, porque un chico me dijo antes que te habían visto por lo alto del Tangaraño y fue un nombre que ya solo oírlo y mirar el monte que lo lleva me dio miedo, palabra, sería la luz que tenía con el caer de la noche, o el dibujo que hace la cresta, no sé pero fue así, no te creas que es por lo que tú me has contado, al contrario, cuanto me lo estabas contando pensaba: «le pega a ese monte todo lo que dice Eulalia y más, ya lo creo», te admiraba como a un buen novelista de terror cuando da con la eficacia de un ambiente.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 145.

Texto 58 - Retahílas

Fue una separación de mutuo acuerdo, europea que se dice, se levantó acta del fallecimiento de nuestras relaciones, salimos juntos del entierro y punto final;

la diferencia está en que él ha olvidado al muerto y yo cada día llevo peor su falta.

Si es que es empeñarse en lo imposible, ¡separación a la europea!; esta tarde, perdida ahí atrás en la maleza, antes de que se me apareciera el caballo ese tan terrorífico, lo estaba pensando a propósito del miedo que tenía: ¿cómo va a ser europea una persona que tiene sus raíces en el Tangaraño?, si no puede ser, comprendí que de esa contradicción han nacido todos los encontronazos que me he pegado con la vida, y también me estuve acordando de lo lista que ha sido siempre la abuela, esquinada pero más lista que una bruja, porque fíjate, es increíble, cuando conoció a Andrés, que quién iba a sospechar entonces estos finales, me lo advirtió ella, me dijo: «Ten cuidado con ese, de ese te vas a enamorar, y si no al tiempo».

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 146.

Texto 59 - Retahílas

Fue cuando me fijé por fin en lo que me rodeaba como buscando sosiego en la contemplación del paisaje; el sol ya se había puesto y reparé con susto en que no conocía aquel lugar por más que lo mirase. Perderme yo en el monte ese de atrás, por maleza que tenga, por leyendas que le echen al santuario en ruinas de la cumbre y por años que lleve sin venir a pisarlo es algo inconcebible completamente absurdo.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 148.



Texto 60 - Retahílas

La Virgen era el día, la luz, la nube, la paz de una mirada sin conflictos; la imagen de la Virgen de las Nieves peripuesta, enjoyada, con su manto de raso, subidita a sus andas, a la que echábamos flores y versos el día de la procesión de agosto, estaba ahí abajo en nuestra capilla particular como un animalito doméstico, está todavía, no ha envejecido nada, y algunas mañanas, tratando de aplicar el ardor excesivo de mis sueños entraba a verla y me arrodillaba a sus pies, imaginando para vivificar mi devoción que la miraba por primera vez, (...). Adriana era el reverso de la Virgen, la diosa de la noche, secreción de la luna, y yo la había elegido sin remedio; me asomaba descalza a la ventana con los ojos abiertos como un búho, la sentía presente, diluido su aroma por el parque, acodada en el muro que separa esta finca de la aldea, (...)

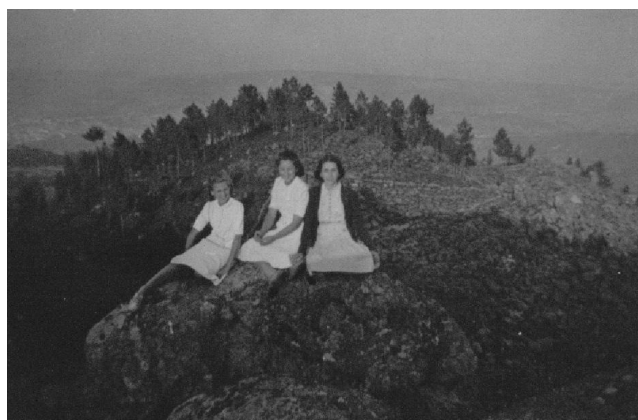
David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, pp. 148-149.

Texto 61 - El pastel del diablo

Decidida, cambió de postura y se arrodilló delante de él con las manos juntas. De pronto se acordó de una canción que se cantaba cuando la procesión de la Virgen del Cucurucho: «Amable Jesús mío, / ¡oh cuánto te ofendí! / Perdonas mi extravío / y ten piedad de mí...». Y sintió la tentación de cantarla, porque además ella entonaba bastante bien; pero se contuvo a tiempo. No era propio invocar así a un señor que se estaba comiendo el pastel del diablo, no porque fuera pecado llamarle Jesús mío, que igual lo era, sino simplemente porque no venía a pelo y porque él podía reírse a carcajadas.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 149.

Texto 62 - Retahílas



(...) ningún niño de la ciudad inventaba unos juegos tan raros y tan fascinantes, hasta una religión nueva llegó a inventar que se llamaba ocelismo y su misterio estaba en huir de los duendes llamados oceleiros que todo lo enredaban, que impedían el bien, la luz y la alegría, y se inventó responsos, fórmulas y poemas para burlar su influjo y entrar en las moradas de los dioses desnudos que eran muchos y buenos; y ella los dibujaba y los bautizaba con nombres muy bonitos, Clido, Anfisto, Rumí, una caterva, siempre desnudos, pero con el cuerpo algo fantaseado, no exactamente igual que el de las personas, y les

Fotografía de Carmen Martín Gaité coa súa curmá Ángeles e unha amiga en San Lourenzo de Piñor



hacía altares en recodos y huecos diferentes del parque o de la huerta y hasta en la casa vivían algunos, por ejemplo Dindo, el de la cocina que vigilaba los asados y tenía en el ombligo una especie de raíz rematada en cerezas; (...) los duendes oceleiros eran seres extraños con mezcla de animal y eran pequeñísimos, con los ojos saltones, esos tenían la culpa de todas las catástrofes, (...) y todos aquellos inventos y versiones del mundo que ella nos confiaba en secreto nos la hacían tener por un ser fuera de lo normal, imbuida de una carga mágica que no tenía nadie (...)

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, pp. 150-151.

Texto 63 - La Reina de las Nieves

Cuando logré apartar los ojos atónitos de aquella figura y los fijé en su entorno, como para orientarme y ver si se trataba de un montaje tipo collage, las sospechas de irrealidad se hicieron mil pedazos y destruyeron su reducto amable. Y se me cortó la respiración al reconocer un paisaje que nada tiene de ficticio, agarrado a las entretelas de mi alma, sustrato reincidente de mis sueños. Un lugar sólo mío.

¿Por qué ranura se había colado aquella alegoría de la libertad a habitar geografía tan concreta y desplazarme de ella?

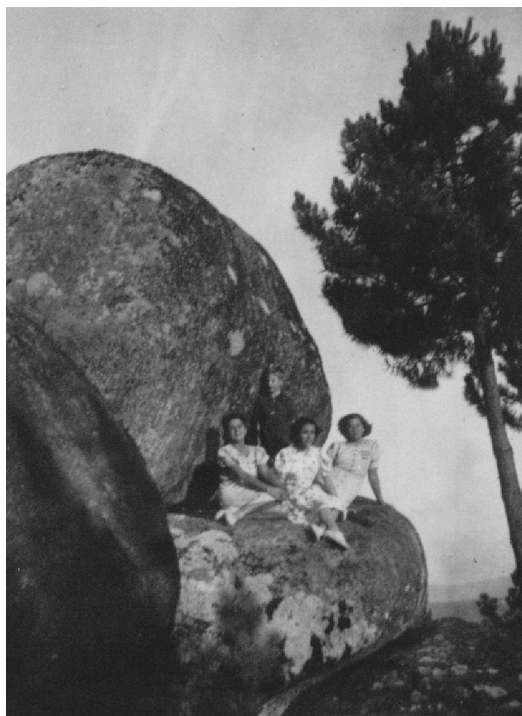
Carmen MARTÍN GAITE (1994), *La Reina de las Nieves*, pp. 120-121].

Texto 64 - Irse de casa



Es curioso, uno a sí mismo siempre se reconoce por los ojos, porque en ellos es donde anida ese miedo a dejarse de reconocer, a haber perdido algún eslabón de la propia herencia, el miedo es lo que une el yo de ahora con los de antes, un ansia de pesquisa que imprime al rostro la expresión más incondicional, como una lucecita al fondo de la pupila.

Carmen MARTÍN GAITE (1998), *Irse de casa*, p. 60].

Texto 65 - Bosquejo autobiográfico

Fotografía de Carmen Martín Gaité coas súas curmás Ángeles e María e outro neno en San Lorenzo de Piñor (Ourense).

Es una aldea en la montaña, donde también mi madre había pasado los veranos de su infancia y donde mi abuelo Javier había mandado construir una casa muy bonita con jardín y huerta, junto al camino. (...) Las temporadas pasadas allí fueron definitivas para mi vinculación con Galicia, que siempre he considerado como mi segunda patria. (...) Me volví indómita y poco melindrosa, trepé a los árboles y a las peñas, (...) me hice amiga de los niños de la aldea, asistí a procesiones y romerías, y -ya un poco mayor- allí aprendí a bailar, tuve mis primeros escarceos amorosos y escribí mis primeros versos. San Lorenzo de Piñor significa para mí la esencia misma de la juventud y de la libertad. (...) No sé qué más puedo decir de mí. Tal vez que tengo buen carácter y que no soy derrotista: hasta en los momentos más negros trato de tener presente que siempre puede renacer la esperanza, mientras quede vida.

David G. Couso (2023), *Piñor, Lugar literario*, p. 55.

